

VI.

Guanajuato, Febrero 23 de 1863.

AMABLE MARIA.

Héteme ya en Guanajuato, en el país de las montañas, en la ciudad que está basada sobre el oro y la plata, y donde la naturaleza alterna con el arte para embellecer su aspecto haciéndola aparecer una ciudad de hadas. Pero antes de hablarte de la capital, preciso es darte algunos detalles acerca del camino y las poblaciones del tránsito.

Estoy aún en Querétaro,

Me fui á quedar à la casa de diligencias, por temor de dormir más de lo relor en casa y que el coche me dejara; más no hallé cuarto, y un excelente amigo, que me habia acompañado para verme hasta el último momento, me llevó à su casa, que estaba próxima, y allí pasé la noche. ¡Pero qué noche! Apenas acababa de apagar la vela, cuando sentí que me caía una especie de arena en la cara, y que andaba y se me introducía por el cuerpo debajo de las sábanas, experimentando una pequeña comezon, que no dejaba de molestar me, y la que impidió que yo pudiese cerrar los ojos en toda la noche.

A mí me sucedió en el curso de ésta lo que en ciertos casos acontece, que se experimenta un deseo, pero que aunque se tenga en la mano la posibilidad de realizarlo, hay una fatalidad que lo impide como á mí me sucedió esa noche: experimentaba una cruel incomodidad con esa arena que me caía sin cesar, y podia, para evitarla y poder dormir perfectamente en lo sucesivo, encender la

vela y trasladar en un instante la cama á otro lugar; pero en vano procuraba llamar el sueño á mis parpados, y éste huía de ellos á causa de la molestia, y lo que conseguía era dormirar, con lo que experimentaba más bien un insomnio, que me aumentaba el malestar. No encendía la vela, porque inmediata á mi cama estaba la de un amigo y temía despertarlo, y además, esperaba que por momentos cesara la incomidad y pudiese dormir. Mas estaba decidido que trasnochase, y cuando fueron las tres de la mañana, y el criado tocó á la puerta del cuarto, para anunciar la hora de partir, encendí la luz, y al dirigir la vista sobre la superficie de mi cama, creyéndola llena de arena, ¡qué piensas que ví! Una muchedumbre incalculable de hormigas pequeñas, que abundan en muchas de las casas antiguas de Querétaro, y á mí me cupo la desgracia de que mi cama hubiese sido colocada en la direccion de un hormiguero. ¡Oh! si hubieras visto, Marla querida, te habrias horrorizado, porque era tanta la

cantidad de insectos, que parece que en el lugar que ocupé habian echado chorros de marmaja, y hasla creí ver mover la cama por el movimiento de los animalitos. ¡Con razon la arena que sentia caer en la cama, se me infiltraba por debajo de la ropa! ¡No fué mala la arena viviente con *patitas!*

Me dirigí á la casa de Diligencias, acompañado de mi buen amigo Aurelio, que estaba mortificado de la mala noche que me habian dado las hormigas, riñéndome porque no habia encendido la bujía para saber la causa que me molestaba; mas habia pasado el malestar y solo me quedaba un poco molido el cuerpo á causa de la vigilia. Me despedí de ese jóven amable y subí al coche acurrucándome lo mejor que pude, por el frio intenso que se sentia á esa hora. Partieron los caballos, y salí de una ciudad que me habia proporcionado algunos goces, llevando la pena en el corazon al considerar que dejaba unos amigos excelentes, que en el tiem-

po que permanecí á su lado me impar-
tieron generosos su cariño.

Volví á encontrarme en el camino que cinco meses ántes traje al pasar de Celaya á Querétaro, debiendo tocar en la "Estancia de las Vacas y el Rayo," puntos peligrosos en que recordarás te dije que en tiempo de revolucion asomaban con frecuencia los hijos de San Dimas; pero por fortuna no tenia temor alguno de su aparicion porque nos acompañaba una regular escolta, y al querer separarse de nosotros ántes del Rayo, porque hasta allí tenia orden de acompañar á la diligencia, tuve que suplicar al jefe que la mandaba, nos dejase en lugar seguro, acompañando á mis ruegos un par de pesos que puse en sus manos, lo que fué ya un poderoso estímulo para que no replicase una palabra.

Llegamos á Celaya á las diez de la mañana, allí nos detuvimos á almorzar y pasé en seguida á la casa de un particular para entregarle una carta de recomendacion, que un bondadoso ami-

go, el Sr. Mariano Ojeda, tuvo la bondad de darme, en union de otra para todas las poblaciones del tránsito, en caso de que fuera robado ó quisiera detenerme. Se dice generalmente que no hay buenos amigos y personas desinteresadas; pero yo he tenido la fortuna de hallar á los primeros y á las segundas, casi en la mayor parte de los lugares en que he tocado en mi viaje, y de unos y otros he sido objeto de la más cordial acogida, separándonos mutuamente con sentimiento.

De Celaya te hablé ya en otra carta, por lo que sigo adelante.

El camino de Guanajuato no ofrece cosa particular si no son las ciudades y villas que tiene en su curso. Entramos á Salamanca á la una del día. Esta villa tiene un aspecto triste, sus calles son la mayor parte rectas, aunque mal empedradas y embanquetadas; la plaza principal es lo que tiene mejor á causa de que es nueva y está circundada de portales; en su centro hay una

fuelle con una columna que tiene sobre su capitel una águila. Posee de cuatro á seis templos, y el de la parroquia alardea una magnífica fachada de cantera tallada con primor sobre el orden de Churriguera; el interior no corresponde al exterior. Lo mas bonito y notable que se mira en Salamanca, es el famoso rio de Lerma, que en el tiempo de las aguas corre majestuoso y lleno hasta el extremo superior de sus riberas, sembradas de gigantescos sauces, cuyas hojas tocan á veces las claras corrientes. La vista que éstos árboles producen es encantadora, pues le forman al rio un cuadro de esmeralda que se pierde en los confines del ocaso, reflejando las aguas por unos puntos el verde de sus ramas y por otros el azul del cielo, ó bien por la tarde el color de fuego y escarlata de las nubes teñidas con los últimos rayos del sol poniente. Para pasar de una ribera á otra del rio hay una barca, y todo el dia es constante el movimiento de gente y animales, atravesando las aguas, éstos á nado

y aquellos embarcados, presentando todo esto un bonito conjunto.

La sociedad de los habitantes de Salamanca es bastante accesible y se prestan las familias á todas las diversiones, así como cuando un vecino se halla enfermo, hay la excelente y caritativa costumbre de que la mayor parte de las personas de la poblacion rivalizan en sus cuidados y atenciones, curando al enfermo, asistiéndolo eficazmente y velándolo: al grado de que los parientes de éste, en caso de fallecimiento, se pueden entregar á su dolor y no tienen que distraerse en la inhumacion y esas otras ocupaciones accesorias en tales casos; se disputan aun el hacer los honores de su casa á las personas que vienen á dar el pésame.

De pocas partes se oye hablar tan ventajosamente en línea de fraternidad social como de Salamanca, y esto á la verdad honra á sus habitantes á los ojos del mundo culto y á los de la humanidad.

Llegamos á Irapuato, bonita ciudad

que dista de la anterior villa cinco leguas. Posee muy bonitos templos en el interior y exterior. Dos hermosas plazas, la de armas que es extensa y está embellecida por una fuente con un gran tazón de bronce adornado de delfines, circundada de banquetas con sus asientos de piedra, y bonitos fresnos, y á su frente la iglesia de la parroquia que mira al Sur y la del Espíritu Santo al Poniente; la plaza del mercado es tambien bastante grande, bien provista de legumbres, frutas, carnes y muy animada de vendedores y compradores, situada al costado derecho de la parroquia, y que se mira por uno de los ángulos de la plaza principal. Las calles de Irapuato son alegres aunque un poco torcidas, muchas de ellas angostas, pero regularmente empedradas. Los alrededores bastante bellos á causa del buen cultivo y exuberante vegetacion del clima, mirándose multitud de huertas cargadas de pintorescos árboles de la lima, el limon, la naranja, el durazno, entremezclado á esta variedad de hojas,

las majestuosas del plátano, y otros mil arbustos de distintos géneros.

En enanto á sociabilidad hay muy poca á causa tal vez de que la mayor parte de los vecinos de Irapuato son agricultores y comerciantes, que por razon de su ocupacion se recogen bien temprano. Una circunstancia he observado en el curso de mi expedicion, y es: que en la mayor parte de los pueblos y ciudades del interior, las señoras son mas sociables y tienen mejor trato que los hombres. En todas partes manifiesta la muger la influencia que tiene en la suavidad de las costumbres, en que es la reguladora del movimiento social, y que á ella, y solo á ella, debe la civilizacion el gran paso que da dia por dia, sacando al hombre del embrutecimiento y encaminándolo á su perfeccionamiento moral. El hombre en el estado de la naturaleza tiene instintos feroces y posee tal terquedad por la conciencia de su fuerza, que á su paso, solo trata de arrollar cuanto se le opone, frunciendo el ceño y mirando con

desden cuanto le rodea. Pero encuentra á ese sér ideal, á ese sér que embelece la mitad del globo, y templada ya su ferocidad pagando á sus gracias el tributo merecido, convirtiéndose en un ente accesible y lleno de mansedumbre.

Salimos de Trapató, y en el resto del camino solo encontramos de notable la pintoresca hacienda de "Burras," que es muy amena por sus alrededores cubiertos de arboledas, y su magnífica huerta donde crecen los árboles frutales de la tierra caliente, y donde hay una riquísima colección de dalias de todas clases, así como una buena cantidad de arbustos de parra; esta hacienda contiene 3,000 habitantes. Poco mas adelante está la hacienda de "Cuevas," también notable por una huerta mayor y mejor cultivada que la de "Burras," y donde los guanajuatenses se solazan en alegres y festivos días de campo, jugando en la temporada de pascua, como se verifica en la ciudad de Tlalpam, á inmediaciones de México. En este lugar es en donde concluye lo plano del

camino, y á poco mas de una legua comienza uno á subir las lomas de los cerros de Guanajuato.

Quando recorria yo un camino que andaba por segunda vez, é iba á visitar una ciudad que habia conocido hacia diez años, y donde habia dejado muy buenos amigos, experimentaba diversas sensaciones de gozo y de pesar al mismo tiempo: de gozo, porque volvia á ver unas personas que me eran queridas, y con las que habia pasado momentos muy agradables; de pesar, porque algunas de éstas estaban ya durmiendo el sueño de la muerte, y al llegar á Guanajuato no volveria á conversar con ellas ni á disfrutar de esos preciosos instantes que su bondad me hizo saborear en otro tiempo! Ay! todos los momentos de la vida están mezclados de placer y de dolor; cuando el hombre se mece en sus ilusiones y se pasea por su jardín encantado, le asalta repentinamente esa tristeza que clava sus espinas en el corazón, haciéndolo sangrar; y cuando veia una pers-

pectiva iluminada de los mas bellos colores; se transforma ésta instantáneamente en un infierno envuelto entre las sombras de la muerte y los gritos de la desesperacion.

Desechemos estas ideas.

Al entrar á la cañada de Marfil, serian las oraciones de la noche, y ya comienza en este lugar á presentarse á los ojos del viajero la fisonomía de Guanajuato: empieza ya esa caprichosa naturaleza con sus grandes irregularidades, y principia tambien á ponerse de manifiesto la lucha de los guanajuatenses para domar esa naturaleza salvaje, erigiendo sus hogares y sus palacios en la punta de una roca ó en el fondo de los precipicios.

Caminaba el coche por el fondo de la cañada, y como el crepúsculo iluminaba débilmente los objetos, se nos presentaban éstos con las formas fantásticas de las *Mil y una noches*, creyendo ver en la parte alta de alguna de las ha-

ciendas de beneficio un minarete ó las troneras de un castillo feudal, ó bien la gigantesca estatua del *Coloso de Rodas*, con el faro sostenido en uno de sus brazos. Otras veces, cuando el carruaje caminaba sobre terreno elevado, se bajaba la vista hácia una multitud de luciérnagas, cuya luz brillaba á nuestras plantas, y eran las velas de las diversas casitas que habia en una hondonada, las cuales desaparecian súbitamente, como si se corrieran los bastidores de una decoracion y se pusiera en su lugar el frente de un peñasco enorme sobre el que parecia nos íbamos à estrellar.

Concluimos el camino tortuoso y fantástico de la Cañada, y apareció el *Jardin del Cantador*, que está á la entrada de la ciudad de Guanajuato, por la parte occidental.

Llegué ya al término de mi viaje; estoy, segun te dije ántes, en la ciudad de las montañas; y como se alargaria mucho la descripcion del camino que

en el traje y maneras cortesananas; pero en el lugar de que te vengo hablando, hallé casi el mismo refinamiento de traje y porte que en México. Multitud de elegantes con el sombrero negro alto, el sombrero á la Garibaldi y la gorra, dirijian el lente ó fijaban sus miradas indagadoras en los recién llegados; entre toda esta comparsa curiosa, encontré á un amigo apreciable que me esperaba para llevarme á hospedar á su casa. ¿Té acuerdas del amigo más íntimo que te contaba tenia en esta ciudad? Si no lo recuerdas te lo diré; era el Sr. Manuel Leal, tipo de la honradez y la franqueza: jóven á cuya familia debí mil favores y cuya amistad ha sido siempre invariable.

Inmediatamente tomó un mozo mi equipaje y nos fuimos Leal y yo á su casa, donde nos esperaba su jóven esposa.

Cuando hube descansado un poco, me invitó mi buen amigo á dar un paseo al jardin, que estaba á pocos pasos de su casa. Este jardin es hermosísimo,

aunque de una forma algo irregular, á causa de la localidad que ocupa; pero contiene plantas y flores exquisitas y una preciosa y costosa fuente de bronce, con una figura de Sífide en el extremo superior del tazon, que está sostenido por unos delfines. Este lugar de recreo está situado en la plaza, frente al convento de San Diego, cuya fachada mira al Norte, y por el Oriente, con vista al Poniente, están las magnificas casas de D. Marcelino Rocha, obra de mucho lujo por la magnífica cantera de que está construida y por su bella arquitectura del orden jónico, con ventanas ojivas y elegantes embarcadas corridos. Por el Poniente, con vista al Norte, hay un edificio, que si no es tan grandioso como el anterior por su arquitectura, si es de una cantera mejor escogida, porque en Guanajuato la hay más hermosa que en ninguna otra parte, pues que es de varios colores. La hay de un verde azufrado, de color un poco más azulado y de estos dos colores con jaspe; hay tambien otra mora-